

ESTRADA CABRERA, por Widhopff



EDICIÓN ESPAÑOLA



GUATEMALA

y su Gobierno Liberal

CONFERENCIA PRONUNCIADA

EN LA

SORBONA DE PARÍS

por

E. GÓMEZ CARRILLO



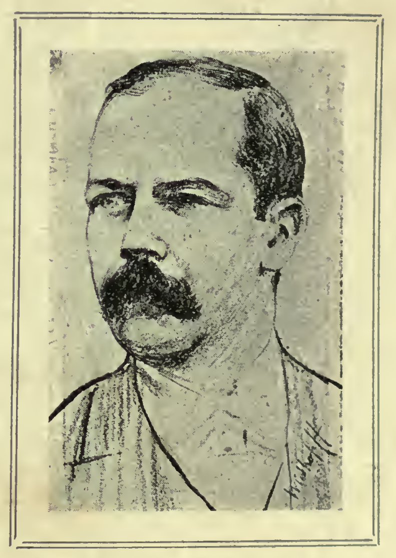
GUATEMALA Y SU GOBIERNO LIBERAL

Obras de Gómez Carrillo

Literatura extranjera (crítica).
Almas y cerebros (crítica).
Del amor del Dolor y del Vicio (novela).
Bohemia Sentimental (novela) 5.ª edición.
Maravillas (novela).
Tristes Idilios (cuentos).
Bailarinas (artículos).
Sensaciones de París y de Madrid.
El alma Encantadora de París.

En preparación

Lecciones de Estética.
La ciudad sagrada.
Mujeres de todas partes.
La espada de combate (esgrima práctica).
La retórica del arte nuevo.
Mis muñecas rubias (cuentos)
Yendo á buscar flores (novela).



El Presidente de Guatemala

Lic. Estrada Cabrera

(Dibujo de Widohopff



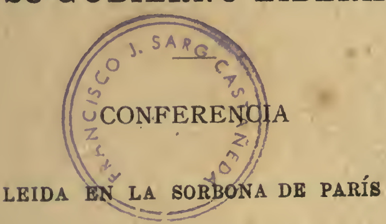


El Templo de Minerva de Guatemala

E. Gómez Carrillo

GUATEMALA

Y SU GOBIERNO LIBERAL



CONFERENCIA

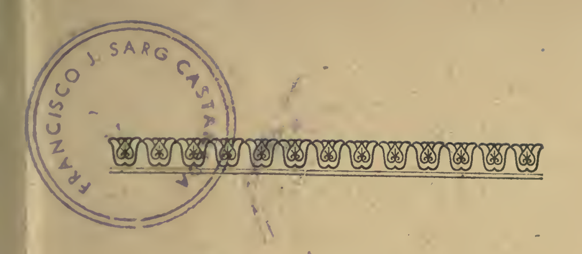
LEIDA EN LA SORBONA DE PARÍS

EDICIÓN ESPAÑOLA

BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE P. TOLL
232—Calle de Valencia—232
1902

SUMARIO

El obscurantismo.—Los primeros liberales.—Recuerdos de Montúfar.—La Revolución Liberal.—El gran Barrios.—El Progreso.—Barillas y Reyna.—El Gobierno actual.—Estrada Cabrera.—Su obra reparadora.—Un noble mandatorio.—La capital pintada por un francés.—La situación financiera.—Las fiestas de Minerva.—Homenaje á Estrada Cabrera.—Un decreto inmortal.



CONFERENCIA

LEÍDA EN LA SORBONA DE PARIS

el día 23 de Abril de 1902

(EDICIÓN ESPAÑOLA)

Créese en el mundo, señores, que Guatemala se hizo independiente el 15 de Septiembre de 1821. Así lo dice el escudo de armas. Así lo enseñan los historiadores. Así lo proclaman en odas y en himnos, los poetas nacionales. Mas es un error. En aquella época se fueron, en efecto, las tropas del rey de España. Pero se quedaron las ideas, las costumbres, las rutinas. La república nueva, siguió siendo, en el fondo, una vieja y leal colonia moral. Todos pensaban cual en la madre patria, con ideas que atrasaban de dos siglos. Los conventos, los seminarios, las sacristías,

eran directorios infalibles. Una majestad católica ideal, pero tan tiránica cual la verdadera, seguía oprimiendo al pueblo. El progreso de que hablaron en sonoros discursos los primeros republicanos de corazón, no fué sino una palabra vana. Los años transcurrían con obscura mansedumbre, con sombría tranquilidad. El pueblo no pedía nada, pues la ignorancia le impedía saber que había en el mundo, algo màs grande que el sermón, algo más profundo que el catecismo del padre Ripalda. Sus deberes consistían en ir á misa y en pagar los impuestos. En cuanto al sufragio, al derecho de unirse, de exígir, de gobernarse, purísimas ilusiones. Y si esos eran sus deberes, sus alegrías no eran mayores.

De teatros nadie sabía sino por oír hablar. Las compañías de la legua que allá llegaban de vez en cuando, eran todo, menos artísticas. No había arte tampoco. No había lujo, ni fiestas. Lo ùnico que había, á cada instante, con cualquier pretexto, eran procesiones. Y así, siguiendo á Nuestro Señor ó escoltando á Santa María, iniciábanse los idilios. Las citas amorosas se daban luego en la iglesia. El

amor místico, la voluptuosidad en el fanatismo, inventado luego por Baudelaire, existía ya en Guatemala.

Y pasaban los años, monótonos. Y la mano de hierro del célebre Rafael Carrera, ahogaba los conatos de verdadera libertad y los vahídos de progresismo, matando la Federación. El obscurantismo subía de punto. Las tinieblas se hacían más espesas.

Descríbiendo una época parecida á aquella, vuestro gran Anatole France ha dicho:

«Es la procesión de la Liga, que pasa. Es el ejército de frailes. Al servicio de los frailes está toda esta gente. Cuando os dicen que son republicanos, es la República de los frailes la que desean daros; cuando se acogen á la libertad, es á la libertad que los frailes quieren tener para excusarse de la Ley; lo que ellos llaman libertad de enseñanza, es la libertad de los frailes para educar á los niños en el odio y desprecio á la sociedad laica. Si enaltecen la tolerancia, es que tratan de obligar à que se les toleren sus ataques à la República.

»Son los candidatos de los frailes de todas vestiduras: negras, blancas, mitad blancas y negras, de color de avellana, de almendra, de higos ó de pasa. Tiene su libertad un nombre, que es la libertad de Falloux. Son los candidatos de esos frailes los que han devorado á Italia, los que han devorado á España y á quienes la República francesa, más longánima que la vieja monarquía, deja pulular sobre ella. Son los candidatos de los jesuitas que con una paciente destreza, en treinta años han formado, adiestrado, instruído, armado, una Francia romana, en Francia, contra Francia. Son los candidatos de esos asuncionistas, de esos feroces frailes de *La Cruz* que hace tres años encendieron la guerra civil en la nación que los había acogido.

»Son los candidatos de los frailes que para atender á los gastos de las piadosas candidaturas, mendigan á su manera antigua, amplia, universal y católicamente. Son los candidatos de la grande Liga de la Patria Romana. Son los candidatos de este clericalismo violento y solapado que cuando se apodera de un pueblo le go-

bierna con el espíritu del pasado, con todos les instrumentos del pasado, todas las fuerzas de reacción, fuerzas de violencia, fuerzas de ignorancia y embrutecimiento».

Sí, señores, estas frases admirables, pintan á Guatemala bajo el yugo de Rafael Carrera.

* * *

Empero aquello era la época en que ya el mundo estaba saturado de ideas de libertad. Las águilas del imperio habían sometido á los pueblos europeos para imponerles las ideas de la Revolución Francesa. Los Estados Unidos con su energía admirable de planta, jóven nacida en terreno fertil, crecía lozana lanzando gritos de adelanto, hendiendo la tierra con su fuerte brazo, sacando el oro de las minas, creando ciudades, estableciendo talleres.

Allá no llegaba ni aún el eco del siglo.

¿Y cómo iba á llegar si el presidente

Carrera se oponía á que se estableciese el telégrafo en el país, creyendo que era aquello un invento del demonio? ¿Cómo iba á llegar si nadie, de no ser clérigo, podía fundar una escuela?

¿Cómo iba á llegar si no había periódicos, si nadie sabía leer, si el correo mismo era un mito?

Por encima de las casas bajas y húmedas alzaba la Catedral sus inmensas torres, que no son altas y ligeras agujas de piedra cual las que desde lejos indican à Chartres, á Colonia, á Bruselas, no, porque allá en la América Española, la religión, más pesada, hija no de la fe de todo un pueblo, sino producto ensangrentado de las prácticas inquisitoriales, hizo catedrales á su imagen, con muros escuetos, con torres chatas, con frías bóvedas.

* * *

Me pregunatréis, señores:

—¿Y los primeros patriotas, los que lu-

charon contra la Capitanía general, no merecen un recuerdo?

Sí, sí lo merecen. Hace poco que al inaugurar el palacio de Minerva en la capital, un orador les saludó del modo siguiente:

«En horas de ensueño he visto este templo que tan profundas raíces tiene ya en la conciencia nacional, poblado de estatuas, de bustos y de grupos simbólicos. Allí los fundadores de la pontificia universidad de San Carlos, cuna de nuestro espíritu; allí los catedráticos de Teología y de artes que enseñaron la ciencia de Dios y de los hombres y que, aunque equivocados en sus métodos y procedimientos, merecen un recuerdo nacional: más allá los reformadores de nuestros estudios, Elores y Goicochea, de recuerdo para nosotros tan amado, en montículo separado un grupo, verdaderamente clásico, compuesto por los doctores Gálvez, Molina y Leonardo Pérez, los verdaderos creadores de la Academia de Estudios que para la ilustraciòn del país lució como un relámpago entre dos noches oscuras; y luego los que en lo moderno han organizado

la enseñanza popular, como Miguel Vasconcelos, verdadero innovador y hombre de ciencia: Delfino Sánchez, á quien todavía no se le ha hecho la justicia de reconocer su patriotismo y su profundo amor por la enseñanza. Y en seguida vendrían los grandes maestros José Mariano González, tan sabio y erudito como olvidado; Larreinaga y Valle, figuras escuiturales en la cátedra y en la tribuna; Venancio López, un Ulpiano por su saber y un Sócrates por Castilla y Manuel Apolinario Espinosa; el español Manuel Domínguez y el centroamericano Manuel J. Muñoz: directores de colegio: y en fin, no por ser los últimos los menos meritorios, el modesto maestro don Domingo Téllez, que por sus métodos de enseñanza tenía mucho del dómine antiguo y por su entusiasmo por el difícil arte, mucho de lo moderno: y como representantes de la nueva generación á quienes la muerte sorprendió en medio de su jornada. Alberto Mejía, Jordán y tantos otros que han merecido bien de la patria. Y cuando en presencia de esos grupos y esos nombres estuviésemos ¡qué diferente impre-

sión nos causarían comparándolos con los hombres de la fuerza de quienes os he hablado!»

Pero la claridad que siguió á la independencia, la claridad federal, fué breve. Carrera vino pronto. Un eximio patriota, Lorenzo Montúfar, que nació en tiempo de Morazán y que fué educado en la época del obscurantismo, nos cuenta sus recuerdos diciéndonos que sólo el catecismo se le enseñaba. Luego agrega:

«No considerando bastante ésto me obligaron á aprender el ayudar á misa para que les ayudara cuantas misas dijeran.

»Este sistema durante dos ó tres años, hizo que oyera tantas misas, en días que no eran de precepto, que la suma de ellas basta para llenar todos los días de guarda en que no las he oído, dejándome un sobrante á mi favor.»

»A pesar de haber nacido y de desarrollarse en un ambiente conservador, el joven liberal sentía su alma abrirse al aura fecunda del progreso y su cerebro ensancharse en las grandes concepciones de libertad, que venían con el eco sonoro, á

despertar los pueblos adormecidos en los claustros.

»Su primera publicación política, «El Temor,» fué el grito generoso de una conciencia que despertaba á la luz del porvenir.

«Un tal Nicolás Quiñones, convicto reo de dos homicidios, había sido condenado á muerte, y el corazón *sensible* del General Carrera tuvo á bien interesarse por él, haciendo observaciones sobre la pena de muerte.

«Aquellas observaciones—clama Montúfar—en boca de Carrera, me parecieron el gorro frigio en la cabeza de Luis XVI »

»Se da el caso de que algunos días después se fusilaran 9 ciudadanos sin forma de proceso.

»La farsa representada por Carrera indignó al joven repúblico, el cual, como dijimos, lanzó su escrito á los cuatro vientos de la publicidad y fué—como el mismo dice,—«una chispa arrojada sobre grandes combustibles.»

«El Dr. Mariano Padilla, le dijo:

—»Este papelito pertenece á la Historia; Barrundia agregó:

—«Pronto triunfaremos, ya no hay Gobierno; lo que existe en Palacio es una facción con las armas en la mano»...

* * *

Era cierto. Pero para derrocar á aquellos facciosos, necesitábase que viniesen otros hombres, con las armas también en la mano. Así lo comprendieron los liberales, los pobres liberales oprimidos, los que para lograr instruirse en aquella época, habían tenido que exponer su tranquilidad. Así lo comprendió un admirable volteriano, el general García Granados que, con la sonrisa en los labios, supo ser heroico. Así lo comprendió el más grande, el más fuerte, el más soberbio hombre que la America Central ha producido. Permitidme, señores, que al pronunciar su augusto nombre, me incline como se inclinan los rusos al decir el nombre del Zar. Aquel hombre se llamaba Justo Rufino Barrios. ¿Verdad que ya

lo habíais adivinado? Sí. Y cuando os dije que la fecha de la independencia guatemalteca no era el año 1821, adivinásteis también que, de ser otro, tenía que ser el año 1871 en el cual, mientras vuestra Francia vendaba sus abiertas heridas, nosotros, del otro lado de los mares, vitoreábamos llenos de entusiasmo, el triunfo de las ideas liberales, de las armas liberales, de la aurora liberal.

*
* *

¡1871! Esta es la fecha de nuestra independencia verdadera. En este año comenzamos á pensar. Las murallas chinescas que nos separaban del resto del mundo, derrumbáronse cual antaño, al paso de los Césares, se derrumbaban las estatuas fatales. Un sol joven que no era el de los antiguos indios, que no era el de la inquisición, que no era el sol de los dominios de Carlos V; un sol de lozanía, de goce, de progreso; el sol germinal

de los tiempos modernos, comenzó á brillar. Las masas obscuras de los conventos se conmovieron. Los viejos mantenedores de la general ignorancia, comprendieron que aquello iba á variar. ¡Y sí que varió! Cual un mago de buena leyenda, el reformador Barrios, sin ser aun jefe supremo, pero como consejero seguro de García Granados, hizo que las tinieblas se trocasen en áureas claridades. El pueblo oprimido vió que manos amigas le quitaban el yugo. Con júbilo levantó la cabeza. Y vió que el cielo no era un negro campo de divinas venganzas cual los jesuitas se lo decían, sino un azul manto de alegría. Vió la tierra de esmeralda, y oyó decir que era suya, pues ya los diezmos y las primicias no existían. Vióse á si mismo, y con vergüenza se confesó que su condición anterior, su nefasta condición de siervo del gobierno clerical, no había sido admirable.

* * *

Los días, antes monótonos, comenzaron á transcurrir con regocijada actividad. Cada uno traía un progreso. Todo cambiaba cual en los cuentos de hadas. Las calles ayer tétricas, trocábanse en alegres paseos. Abríanse tiendas. Encendíanse luces públicas. Las canciones alegraban el espacio. En cada esquina se hacía una escuela. Del extranjero venían todos los que podían enseñar algo. Entre la verdura virginal de los campos, aparecían las cintas blancas de las carreteras. Los villorrios se unían á los pueblos; los pueblos á las ciudades. El poder central vigilaba los poderes departamentales, suprimiendo el feudalismo y el caciquismo. Las concesiones de tierras, poblaban los feraces terrenos comunales. Los plebeyos, seguros de ser iguales á sus antiguos señores, erguíanse. Los más humildes llegaban á los más encumbrados puestos. Se fundaban asociaciones patrióticas para defender la democracia. El aliento tantos años comprimido, estallaba en aquel generoso pueblo y la idea de libertad, de adelanto, de cultura, convertíase en fiebre popular. Todos querían ir

á la escuela. Se creaban, en los más humildes barrios, cursos nocturnos en los cuales viejos y niños se confundían. De allí, luego, iban á ocupar jefaturas, direcciones, ministerios, los hijos de los obreros.

Decidme, en verdad, ¿cómo no había de adorar el pueblo á quien así lo había salvado de las tinieblas?

Lo adoraba, sí.

Y el gran mandatario, como un amante que no cree haber dado nunca mucho, seguía haciendo dones á su pueblo. Los hipódromos, las fincas modelos, los institutos, el ferrocarril, los jardines, los palacios, las universidades, los museos, los hospitales, los tribunales, todo lo que constituye el adelanto, lo creaba y lo multiplicaba.

Pero no creais que con facilidad, no.

En donde ha habido semilla de reacción, la planta crece sin cesar. A cada momento el fuerte guerrero tenía que arrancar hierbas envenenadas. Los claustros los convirtió en escuelas, en cuarteles, en oficinas públicas. Los bienes de manos muertas—los mismos que hoy aca-

ba Francia de conquistar—se devolvieron al pueblo. Los frailes y las monjas, fueron— como en Francia hoy—expulsados. Pero el obscurantismo persistió, siempre, hasta el último día, hasta más allá de su vida, hasta después de su entierro.

*
* *

La muerte de Barrios es una página de epopeya. Fué un 2 de Abril. Los ejércitos guatemaltecos emprendían la obra sublime de reconstruir la antigua patria centroamericana. En la batalla decisiva de la primera campaña, el héroe, el reformador, el padre de la nueva Guatemala, cayó herido de muerte. Yo contaba doce años. Y sin saber por qué, no teniendo sino ideas confusas de heroismo, de grandeza, de sacrificio, lloré al contemplar el cromo populachero que representaba al invicto jefe agonizando entre los pliegues azul y blancos de su bandera.

*
* *

El general Manuel Lisandro Barillas mandó después. Con simpatía saludo, de paso, á este mandatario liberal y generoso. En seguida vino el general Reyna Barrios, á quien se le pueden perdonar sus errores porque amó mucho el progreso.

***

Y henos aquí en la época actual.

El Gobierno del general Reyna Barrios, nervioso inquieto, con tendencias á todo lo que era pomposo, á todo lo que parecía grande, se consumió enteramente en el espacio de seis años. Una Exposición Internacional, puertos y edificios nuevos, ferrocarriles, todo lo que se comprende en la gran palabra *progreso*, fué emprendido por él. Empero pronto la pobreza se hizo sentir y el país comprendió qne al paso que iba corría tan pronto á su ruína como á su grandeza.

Más tarde el malestar general se mani-

festó de modo violento, y la revolución estalló, forminable, al Sur y al Norte, recogiendo bajo su estandarte encarnado á los fanáticos de todos los partidos, y también á los patriotas que tenían por ideal el orden y el respeto por la ley. La revolución fué vencida, mas el General Reyna no pudo gozar por largo tiempo del Poder que ya no le pertenecía constitucionalmente desde algunos meses antes. Un tiro de revólver le cortó el camino en una noche terrible. Entonces el señor Estrada Cabrera, designado por la Asamblea para ocupar interinamente la Primera Magistratura de la República, tuvo que hacerse cargo, de pronto, de un poder cada día más pesado. La situación no era de envidiarse. Los rumores, las ambiciones sin freno, los odios largo tiempo contenidos, todas las malvadas pasiones que él no había despertado, provocadas anteriormente, estallaron feroces y ruidosas, en contra de ese hombre de quien el pasado había sido siempre inmaculado, de quien los antecedentes constituían una garantía.

Sin ràzón, esta vez, y en víspera de las elecciones definitivas que debían asegu-

rar el cumplimiento de la Constitución, estalló otra revuelta, que fué en seguida debelada en fuerza de la opinión pública que, ante todo, ambicionaba la paz.

Más tarde, los electores convocados, nombraron presidente por una mayoría de 300,000 votos á Estrada Cabrera, al hombre incontaminado, enérgico, cuando las circunstancias lo requieren, siempre tolerante, liberal y hábil, que en seis meses de gobierno provisional había dado un gran ejemplo de energía y de prudencia.

Desde entonces pocos años han pasado; y, sin embargo, el cambio es completo. Una obsoluta tranquilidad reina en el país, los temores de *asonadas* desaparecieron completamente, y la nación volvió á sus tareas habituales.

La tierra, trabajada por las legiones que cambiaron la escopeta del revolucionario por el arado, tornan á cubrirse de ópimos frutos; el comercio reanuda sus tareas en una atmósfera serena; la opinión pública adquiere su tranquilidad habitual viendo lucir una aurora radiante de libertad, de progreso y de reparación.

***

¡Reparación! El señor Estrada Cabrera fué el primero que al principio de su Gobierno, nos habló con toda franqueza de reparación, para hacernos pensar seriamente en ella. El nos dijo en su programa electoral que la República en esos momentos necesita de una política reparadora, más que de una política de aventuras, siempre peligrosa y pocas veces productiva; y ha mantenido su palabra sobre este punto como sobre todos los demás de su programa, que fué el más sencillo, el más patriótico, el más noble que electores guatemaltecos hayan oído.

***

El licenciado Estrada Cabrera ha tenido la suerte de inaugurar el siglo XX como jefe supremo de la nación. Su conciencia tranquila le hace ver el porvenir con una sonrisa de buena esperanza. El sabe que el destino ayuda á los que traba-

jan. El ha oído, en fin, á su pueblo decir por boca de un estadista notable:

«Nosotros, si participamos ¡ay! de los desfallecimientos de nuestro siglo, hemos venido también siguiendo las huellas de sus progresos en el orden intelectual, agrícola, comercial é industrial, siquiera nuestros adelantos no hayan sido tan grandes ni tan rápidos como los que en igual período secular, han realizado otras naciones.

»Nos hicimos independientes, y este es el hecho capital de nuestra vida soberana para dar comienzo á nuestras virilidades sociales.

»En 1778 la población de Centro-América, comprendidos Chiapas y Soconusco, ascendía á 811,675 habitantes, de los cuales 430,000 poco más ó menos correspondían á Guatemala: hoy el istmo centroamericano cuenta 3.333,000 de individuos, aproximadamente, figurando en ese número 1.510,000 de Guatemala; y si por desgracia nuestra fué cercenado el territorio nacional, con el aumento de población se han incrementado las fuerzas vi-

vas para resolver nuestros problemas políticos, sociales y económicos.»

*
* *

El problema económico es sin duda el más grave, no porque pueda tener mayores consecueneias y más trascendentales resultados que el social ó el moral, sino porque, en los momentos actuales, es el que más inquieta al pueblo todo. Y, sin embargo, ¡cuánto ha mejorado la situación en estos últimos tres años! Lo que ayer creíase crisis mortal é inevitable, ha llegado á no ser, gracias á esfuerzos muy nobles, sino un instante penoso en la vida del país. Cada día, en efecto, trae un poco de alivio. Las fuerzas vuelven, poco á poco. La agricultura, el comercio, la industria, llenos de confianza desde que Estrada Cabrera subió al poder, se animan. El crédito del país aumenta.

*
* *

Pero lo que yo os dijese del estado actual del crédito del país, os parecería siempre exageradamente optimista. La palabra de un extranjero será, sin duda, para vosotros, más digna de fe. Dejo, pues, hablar á un publicista mejicano:

«El Mandatorio guatemalteco, con energía y honradez que nadie puede negar, ha venido trabajando un día y otro día sin darse momento de tregua, en el arreglo de las finanzas de Guatemala, y es muy satisfactorio consignar que ese laboriosísimo trabajo, tan bien inspirado y dirigido, gana cada vez mayor terreno en provecho del pueblo.

«El 8 de Febrero próximo, hará cuatro años justos, que el señor Licenciado Estrada gobierna la República de Guatemala; y llama la atención de quien estudia sus medidas con ánimo sereno y desapasionado, que hayan bastado pocos años para sofocar revoluciones ventajosas y pérfidas; cuartelazos indignos; traiciones á millares y peculados y desórdenes sin medida. ¡Es increíble lo que puede una perseverancia inteligente y honrada! Cuatro años escasos han sido suficientes para

implantar orden y moralidad en nuestra vecina República; y aunque es cierto, y natural, que falta muchísimo bueno por hacer, es también innegable, que los males funestos de antaño han sido desterrados y que una nueva era de moralidad y de adelanto se ha iniciado en Guatemala.

»Nadie podrá calificar nuestros conceptos como simples afirmaciones, puesto que ellos son consecuencia forzosa de todas las disposiciones, circulares y decretos publicados por el Licenciado Estrada Cabrera, y que oportunamente hemos reproducido en este periódico.

»Se debían á los empleados civiles y militares de la República de Guatemala, nueve meses de sueldo, que se han pagando actualmente con escrupulosidad, merced al contrato que el Licenciado Estrada arregló con los Bancos para la emisión de seis millones de pesos, plata guatemalteca, operación muy ventajosa que hará sin disputa época en la historia de las finanzas de aquella tierra.

»Sin ese arreglo salvador, la ruina del país habría sido inminente, las rentas públicas se habrían agotado por completo,

y el comercio y la agricultura yacían por tierra, heridos mortalmente por la anarquía de las revoluciones: el Gobierno no tenía crédito; la desmoralización lo había minado: una crisis política y económica, sin precedente, había agotado en lo absoluto todas las energías productoras. Ante semejante cuadro ningún criterio, por optimista que fuese, podía prever desenlace satisfactorio; y sin embargo, surge providencialmente la figura serena del señor Lic. D. Manuel Estrada Cabrera, inunda todas las esferas de actividad, con energía saludable y honradez moralizadora, y todos los males que presagiaban muerte, empiezan á eliminarse con general satisfacción.

»Los establecimientos de crédito establecidos en la República de Guatemala, eran los únicos que podían ayudar al Gobierno, eficazmente, á salvar situación tan tremenda; y una vez que el Lic. Estrada Cabrera puso de manifiesto sus patrióticos propósitos y sus honradeces sin tacha, no vacilaron en otorgarle completo crédito á su gobierno y en compartir con él las responsabilidades pecunia-

rias consiguientes á una crisis desoladora. Fué entonces cuando el Lic. Estrada, venciendo obstáculos que sólo el lector inteligente puede comprender, consiguió expedir el decreto de emisión que ha venido á restituir el crédito al gobierno y á procurar calma y marcha segura á los asuntos públicos.

»Todo el que medita en la gravisima situación que pesaba sobre el gobierno guatemalteco en los principios del año 1898 y compare aquella época funesta con la próspera en que hoy se encuentra, tendrá irremisiblemente que hacer justicia á la inteligencia y honorabilidad que tanto distinguen al actual gobernante de Guatemala.»

***

El mismo presidente de la República, D. Manuel Estrada Cabrera, confiesa que el país no se halla en un estado financiero de completa prosperidad, y con su acos-

tumbrada buena fe dice á la Asamblea de este año 1902:

«Ardua y penosa por cierto es la labor de la Hacienda Pública por el estado de crísis en que se halla la Nación; pero en medio de todo esto, me complace hacer presente que, con las prudentes economías introducidas en el Presupuesto General y con la pureza en el manejo de los fondos públicos, se han venido á mejorar en mucho las rentas para atender á los servicios ordinarios, y para satisfacer una gran parte de la enorme deuda que, por diferentes servicios, recibí como legado al encargarme del Poder.

»Se ha pagado por esas causas la suma de cerca de diez millones de pesos, sin tener para ello que exigir ni aumento de contribuciones, ni préstamos onerosos, sino solamente, como he dicho, cuidando en lo posible de la cabal recaudación de las rentas y economizando en muchos de los servicios que se estimaron superfluos; pero estos medios por si solos no pueden ser suficientes para llenar los deseos del Gobierno de salvar el crédito nacional, y por esa circunstancia, para el arreglo de

la deuda flotante en favor de nacionales y extranjeros, se estudia en la actualidad la manera de pagarles sin grandes sacrificios para la Nación y con la mayor ventaja posible para los acreedores; descargando así, al Estado, aun cuando sea paulatinamente, pero de manera segura, de una buena parte de este cuantioso pasivo que pesa sobre él desde hace ya muchos años.

»Por lo que atañe á los intereses y amortización de las deudas externa é interna, bien es que exprese aquí que van muy delantadas las gestiones que se hacen para lograr satisfactoria solución en ese difícil como delicado asunto que, llegando á feliz término, sostendrá el buen nombre del país al llenar las atendibles solicitudes de los acreedores; de lo cual inmediatamente daré cuenta á la Representación Nacional.

»Todos los demás pasos que con asiduidad da el gobierno para salvar la situación económica, me hacen esperar que, apartados ya muchos de los obstáculos principales que se le han presentado en su camino, pronto tal vez pueda in-

formar acerca de ese importantísimo asunto.»

⁂

La prueba de que la situación actual de Guatemala no es de ninguna manera lamentable, la encontramos en el libro sobre *Les nouvelles Ameriques* publicado pocos meses há por un *comis voyageur* francés que se llama Aubert. Este señor dice en las primeras líneas de su estudio:

«Desde que llegué á Guatemala me sorprendió el alto grado de civilización de la capital. Yo considero esta ciudad, proporción guardada, más civilizada que México y la Habana.»

Este *comis voyageur* va á servirnos, si os parece, de cicerone para visitar la ciudad. No es un artista. Tampoco es un filósofo. Es un caballero que, cuando habla de politica no sabe lo que dice y que, cuando describe, lo hace de una ma-

nera poco pintoresca. Pero en fin, no tenemos hoy otro guía y yo deseo que sea un francés quien nos lleve de paseo.

Sigámosle, pues.

«...Las aceras—dice—están bien asfaltadas, y son anchas y cómodas. Las calles son espaciosas. Las casas tienen bonito aspecto. A mi llegada me hacen dar un paseo por la ciudad, enseñándome sus curiosidades. En primer lugar he aquí la catedral, muy bella iglesia española, cuyas decoraciones interiores son modestas... Frente al templo se halla la Plaza de Armas con un kiosco de música donde todas las noches se da un concierto militar. A los costados los ministerios, el palacio de Justicia, el Ayuntamiento. Algo más lejos el Palacio Presidencial...»

Ya véis que este croquis no es desagradable. Luego el viajante continúa:

«A la derecha de la ciudad se extiende un gran paseo sombreado que se llama la Reforma y al cual los elegantes, van para dar una vuelta en coche, haciéndose la ilusión de que están en la alameda de las acacias... Del otro lado de la capital hay un hipódromo con tribunas y varias veces

al año se celebran carreras de caballos muy apreciadas por la sociedad.»

En seguida, volviendo á la ciudad misma, el señor Aubert, nos dice que «le parece muy alegre»... que «se dan muy suntuosos bailes»... que «los pique-nique son tan abundantes como agradables.» «Estas fiestas—agrega—terminan siempre con un baile, pues los guatemaltecos se vuelven locos por bailar y bailan de modo admirable, con mucha más gracia y encanto que los parisienses. Hay en la ciudad varios editores de mùsica y numerosos compositores que publican valses de una melodia atrayente.»

El señor viajante va á decirnos, ahora, cómo son, cuando no bailan, las mujeres de Guatemala. Oid.

«Son—dice—bonitas, pero menos de lo que me imaginaba. Fácil es, si no conocerlas personalmente, al menos verlas en fotografía, pues los fotógrafos de la ciudad tienen sus vidrieras llenas de retratos de beldades de la alta sociedad, no hay más que entrar y comprar los que se deseen. Hay retratos que se venden, así, por centenares.»

Tales son las señoritas que bailan.

Ved ahora uno de los sitios donde se reunen los hombres. Es un casino:

«Hay—dice mi guía—un muy bello club, muy bien montado, con muebles traídos de Nueva York... El baccará *marcha con rabia* y las diferencias de 15 ó 20.000 francos no eran raras. La cocina es buena y el club está dirigido en absoluto por un francés.»

Comprendiendo, luego, que estos elogios no son suficientes, el señor Aubert termina asi:

«No quiero que se crea que no hablo sino mal de esta ciudad, que es muy linda, y en la cual me parece que se debe vivir dichosamente. Es una ciudad de fiestas.»

* * *

Sí. Es cierto. ¿Y sabéis cuál es la más grandiosa, la más popular, la más animada de esas fiestas?

La de Minerva.

En otros países—en el vuestro, en el vecino, en casi todos—las grandes festividades están consagradas á Marte. Consultad los calendarios laicos. Aquí es el 14 de Julio día de la toma de la Bastilla por fuerzas armadas; en España es el 2 de Mayo, día de la reconquista de Madrid; así en el resto del mundo.

Sólo Guatemala ha querido que en su fiesta nacional, no haya el recuerdo de ninguna mancha de sangre. Y cerrando en la memoria del pueblo ese día al menos el ideal templo de Jano que todos tenemos presente cuando se trata de glorificar á la patria, abrió de par en par las puertas del palacio de la diosa, en cuyos azules ojos el maestro Renán aprendió la suprema sabiduría.

Nuestro gran día, es una fiesta docta. Un decreto que quiero leeros, un decreto inmortal, la instituyó hace cuatro años.

Oidlo:

«Manuel Estrada Cabrera, Presidente Constitucional de la República de Guatemala.

»Considerando. Que es un deber de todo Gobierno que se inspira en el pro-

greso y bien de la Patria, poner cuantos medios estén á su alcance para mejorar la condición y porvenir moral de un pueblo, cosas ambas que indudablemente radican en la educación que se de á la juventud, y que es muy justo tanto el coronar de una manera digna los trabajos del Magisterio, en cuyas manos está depositado el porvenir de la Nación, como el estimular con manifestaciones de público regocijo los esfuerzos y tareas de la juventud estudiosa, por tanto:

»Decreto:

»Artículo único.—Se destina el último Domingo de Octubre de cada año, comenzando por el presente, para la celebración de una solemne fiesta popular y general en toda la República, consagrada exclusivamente á ensalzar la educación de la juventud, festividad á la cual están obligados á concurrir los Directores, Profesores y alumnos de todos los establecimientos de enseñanza de la República.

»Dado en el Palacio del Poder Ejecuti-

vo; en Guatemala á veintiocho de Octubre de mil ochocientos noventa y nueve.»

***

Este decreto ha hecho más por el perfeccionamiento moral é intelectual del país, que todas las leyes anteriores sobre la materia.

Ordenad, en efecto, que se aprenda á leer y escribir, que se asista á la escuela, que se estudien los rudimentos de la cultura humana y la mayoría resistirá. Porque está en nuestra sangre española, oponernos siempre al poder y mostrarnos altivos contra la fuerza.

Pero glorificad, en festivales populares, la instrucción; haced del término del año escolar una tarde de alegría cual la que, antaño, en Roma, acompañaba las vendimias; coronad de rosas á los que han estudiado, y veréis que todo el mundo querrá estudiar.

La estadística nos demuestra, en efecto,

que desde que se establecieron las festivales de Minerva, el número de alumnos de las escuelas ha crecido en proporción extraordinaria. También nos dicen las estadísticas que desde entonces el amor del trabajo se ha multiplicado en las clases.

Y es natural.

Es natural que los pobres chiquillos á quienes antaño se les hacía creer que *la letra con sangre entra*, estén, hoy que saben que *la letra es un placer*, más dispuestos á aplicarse. Es natural que al ver las familias que las férulas de otro tiempo desaparecieron y que en su lugar se ha puesto la noble emulación, háyanse decidido á mandar á sus cachorros á las aulas. Es natural que el pueblo todo, viendo al fin del año las guirnaldas en las sienes juveniles, haya contribuído, con un movimiento de simpatía, á generalizar en las ciudades, en las aldeas, en las campiñas, el amor de la cultura.

***

Pero la prueba más palpable de que las fiestas de Minerva son una de las más bellas creaciones de nuestra época, no nos la da Guatemala misma, sino el mundo.

De todas partes, en realidad parten los aplausos para el mandatario que las instituyó.

Aqui en Francia, los periódicos, sin distinción, han dicho que «tales ceremonias en honor del estudio, eran no sólo bellos festivales para un país nuevo, sino también un ejemplo de cordura para el resto de la América latina.» Los alemanes, adoradores de la enseñanza, han declarado que, á contar del día en que Estrada Cabrera inició las ceremonias de Minerva, Guatemala merecía el nombre envidiable de Atenas del nuevo mundo. Los mismos ingleses, en fin, tan fríos, tan poco amigos de elogiar á los lejanos países del trópico, han lanzado un ¡hurra! entusiasta al coronamiento de la ciencia bajo helénicos pórticos.

***

Porque, se me olvidaba deciros, señores, que todas las grandes ciudades de la República han erigido en estos últimos años, templos á la diosa. El de la capital es de una belleza severa y sencilla. Su estilo es griego. Las columnatas exteriores no están precedidas de muros. Es el palacio del pueblo, es el santuario de todos. Por eso está abierto. Su frontón es magnífico. Uno de los más notables escritores del país lo describe del modo siguiente:

«En el centro de la composición se encuentra la figura de Minerva, sentada y en actitud arrogante, vestida del clásico peplo, cubierto el cráneo por un casco y apoyando la mano derecha en una guerrera lanza. En la mano izquierda tiene algunas coronas de olivo y ramas da la misma planta á sus piés, todas ellas para concederlas como premio á la virtud. Cuéntase en la leyenda clásica, que disputando una vez Minerva con Neptuno sobre la supremacía de Atenas, se dispuso que se le confería aquel de entre los dos que diese la vida al ser más útil á los hombres.

»Neptuno dió un golpe á la tierra con su tridente, y en el acto surgió de ella el caballo. Minerva, á su vez, hizo igual con su lanza, y nació el olivo, que se tuvo por más útil que el paquidermo, por ser el símbolo de la paz. La victoria fué de la diosa. Han estado, pues, muy bien escogidas las ramas de aquel árbol que forman las coronas de que hemos hablado.

»Siguiendo la inspección del artístico trabajo, se ve á la derecha, cerca del sol naciente, un magnífico grupo, compuesto de dos figuras, quizá las más acabadas y originales de la composición, constituído por un hombre de hercúleas formas recostado sobre un yunque y que representa al trabajo, y señalando á un niño en letras de oro que dice: *Labor Omnia vincit.* El artista que nos ha sumistrado estos datos, nos dice que la leyenda y la indicación del sitio en que debía ser colocada, se deben al Presidente de la República. Salvando un ligero anacronismo, del que no nos ocuparemos, se ve á Mercurio, representando el comercio, con el caduceo en el brazo derecho y descalzándose una de las alas que el dios lleva en los talones.

Sigue otro grupo simpático, que figura una de las musas tañendo la lira, y cerca de ella, en pie, una graciosa figurita que representa la pintura.

»Al lado derecho de Minerva está la Ciencia, envuelta en manto oscuro, sentada y pensativa; la siguen otras dos figuras, de las cuales la principal es la de la República; y por último, apoyándose sobre las armas de Guatemala, un joven musculoso, viril y enérgico, contemplando satisfecho y en actitud de descanso después del trabajo, las naves que transportan á extranjeras playas los frutos de nuestro suelo.»

Las demás ciudades de primer orden, imitando á la metrópoli, han construído templos, no iguales en grandeza, sin duda, pues sus recursos son menores, pero idénticos en su belleza simbólica, en su noble alegoría de la labor intelectual.

*
* *

¡Ah! ¿Dónde está aquella época en la cuál los oradores oficiales no podían ce-

lebrar sino fechas de revoluciones ó de guerras en sus discursos?

Por desgracia en muchas repúblicas de América, aun está presente.

Pero no así en Guatemala, señores, donde los tribunos del pueblo, nombrados por el señor Estrada Cabrera, han sabido no glorificar sino la ciencia, el arte, el estudio. Uno de ellos, el eximio Doctor D. Ramón Salazar, inaugurando el templo de la Diosa, se expresó en los siguientes términos:

«¡Ay, los dioses han muerto! Ya hace muchos siglos que desde las riberas del mar de Sicilia una voz doliente y gemebunda anunció al mundo que el Dios Pan había muerto y con él todos los dioses.

»Y, sin embargo, la esencia de aquella prodigiosa civilización helénica vive y subsiste. Minerva es un símbolo que evaporizándose al través del tiempo, ha llegado á nuestros corazones en donde tiene templo y altar. Madre panatánea la llamamos los que de las letras somos hijos; madre nuestra del espiritu, tú no eres ya una diosa para nosotros, en el sentido que te daban los olímpicos; tu gran fami-

lia ha muerto; pero así como tus padres y tus hermanos, tú también fuíste una mentira deliciosa: tú, ¡oh madre! eras para los antiguos la esencia de la sabiduría humana, eras la virtud encarnada en la belleza; eras la bienhechora de los hombres, pues les distes el olivo que es el símbolo de la paz. Los poetas te han cantado en notas armoniosas y Fidias te encarnó en una sublime visión, en aquella estatua de oro y marfil que más que del cincel de un hombre, parecía la obra de un semi dios. La razón y la fe religiosa dicen á una vez que fuíste una dulce ficción. Y sin embargo, los olímpicos vienen en las horas en que los hombres se sienten inspirados á hablarles de Grecia, y de sus artes y de sus ciencias y á renovar en sus espíritus el idal de la belleza y de la eterna juventud.

»Ved si no, señores, á todos los artistas en las épocas de florecimiento inspirándose en los recuerdos de Grecia y del paganismo. Rafael encerraba el espíritu de sus madonnas en las armoniosas líneas de las estatuas griegas; Benvenuto Cellini imitaba en sus Cristos el rostro de Apolo;

Marcilio Ficino y con él todos los miembros de la academia florentina, hablaba bajo los plátanos del Arno como el discípulo de Sócrates bajo los mismos árboles que florecían en el Píreo. Goethe colocaba en el olimpo el centro de su inspiración, y nunca fué más admirable el gran poeta, que cuando representando su Ifigenia en Taurida, hacía él mismo el papel de Apolo con cuya cabeza tenía tantos puntos de semejanza. Teodoro de Banville y sus discípulos de la escuela parnasiana se han inspirado todos en el ideal antiguo; por eso su poesía es tan vívida y refulgente, porque tanto en lo antíguo como en lo moderno, el helenismo representa las bellas horas de la vida, es decir, las horas en que uno se siente feliz de pensar, de vivir y de amar.»

Un pueblo donde así se habla, señores; un pueblo donde tales palabras se dirigen al pueblo, es un pueblo envidiable, pues indica que su estado de cultura, no es inferior al de ningún otro pueblo.

* * *

Pero lo que á nosotros nos parece admirable, al noble espíritu que rige el país, no le parece bastante. En su mensaje de este año á la Asamblea nacional Legislativa, dice lo que sigue:

«Nuestros sistemas de educación é instrucción, aunque inspirados en las mejores prácticas pedagógicas, no consultan del todo las circunstancias del país compuesto de elementos de muy diferente cultura; urge, pues, establecer principios y programas fáciles para las grandes masas analfabéticas y establecerlos cada vez más amplios y extensos de acuerdo con el grado de cultura del resto de los habitantes del país; por esa causa, desde el comienzo de mi administración, he venido personalmente luchando y haciendo propaganda directa para implantar, de acuerdo con los principios de la moderna pedagogía, un nuevo sistema de educación, que al mismo tiempo que satisfaga tales necesidades, satisfaga también las de la inteligencia, fortifique el cuerpo, y en ambos casos, vayan las enseñanzas presididas de la idea del deber para con la patria, haciendo hombres

instruídos y vigorosos, que sean útiles á la sociedad en todos conceptos; porque es necesario confesar con ingenuidad, que entre nosotros los padres y los maestros, en muchas ocasiones, han olvidado que la función propia del niño es creer; que el cerebro no puede en sus tiernos años ser sobrecargado sin serio perjuicio de su salud física; que el cuerpo, músculos, pulmones y estómago deben consolidar primero su salud, y que el cerebro, es uno de los órganos que en último lugar llegan á su madurez.

«Y como, por otra parte, soy de los que piensan que la educación principia y acaba con la vida del hombre; que en el desarrollo de este no cabe tregua y que su educación consiste principalmente en desarrollar los mejores gérmenes de su naturaleza, he creído que debo fijar mucho la atención en este asunto que envuelve nada menos que la existencia física y moral del pueblo que me confió sus destinos y que no debo darme descanso también para llevar la instrucción al camino que bien claro están señalando las naciones que van á la vanguardia de la civilización.

«Por eso también he pedido con solícito interés el concurso de todos los hombres de saber y de buena voluntad, para que me acerquen su contingente de luces al emprender una verdadera cruzada contra el viejo sistema, para la implantación del nuevo; y si es cierto que varios ciudadanos han emitido ya su opinión y cooperado con su experiencia y conocimientos á ilustrar la materia, no ha sido posible formar un plan completo que, sin aumentar los gastos en instrucción, llene las exigencias del nuevo sistema; pero abrigo la esperanza de que durante el período de las presentes sesiones de este Ilustrado Cuerpo, habré de tener la honra de sujetar á su conocimiento una iniciativa en tal sentido; y tengo derecho por último para esperar que en esta obra beneficiosa, se han de olvidar las divisiones nacidas del espíritu de partido para que, como dijo un ilustre estadista norteamericano, nuestro pueblo halle una nueva significación en el sagrado oráculo que decía: *un niño los conducirá*, pues nuestros hijos regirán muy pronto los destinos de la República.»

Después de leer estas palabras no os costará ningún trabajo convenir conmigo que quien hizo el mayor elogio de este egregio mandatario fué aquel que le llamó «el gran sacerdote de la docta Minerva.»

He dicho.







El Templo de Minerva de Guatemala